

Más allá de ser un acontecimiento de cierre, el término del año jubilar ha de transformarse en el inicio de un nuevo tiempo. Tiempo en el que cada uno/a de nosotros/as podamos asumir, como Moisés, la misión que nos ha sido encomendada: ser testigos del proyecto de vida buena y abundante que Dios nos propone, expresión concreta de su inmensa misericordia.



“Ve pues, que yo te envío...” (Ex 3,10)

Introducción

Nos vamos acercando a la clausura del Año de la misericordia que se llevará a cabo en la próxima fiesta de Cristo Rey. Sin embargo, no se trata de dar por terminado un tema para pasar rápidamente a otro. La misericordia no puede ser transformada en un simple slogan de moda. Cada momento vivido durante este tiempo ha de convertirse en un auténtico impulso para fortalecer aún más nuestro compromiso de creyentes.

1. Para entrar en calor

Demos una mirada a lo vivido durante este año y compartamos:

¿Cuáles han sido los momentos, gestos, palabras, qué más me han marcado durante la celebración de este año jubilar?
¿Por qué?



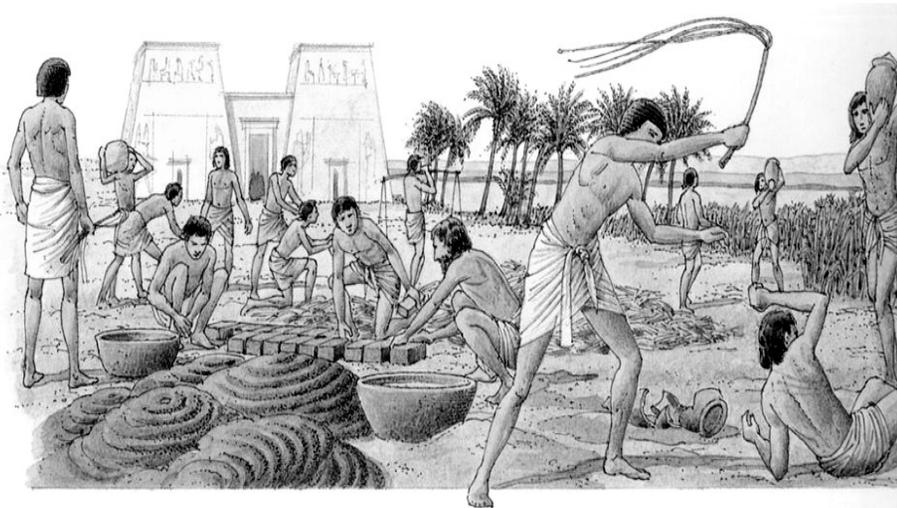
La misericordia pone de manifiesto la capacidad del corazón para reaccionar frente a las múltiples expresiones de miseria y fragilidad humana. Celebrarla nos compromete a dejar que nuestras vidas y acciones se vean atravesadas por este aspecto, de manera que quienes nos rodean puedan descubrir en nosotros algo de esa gran bondad que Dios ofrece a la humanidad. El llamado de Jesús a ser “misericordiosos como el Padre” (Lc 6,31) se orienta en ese sentido, invitándonos a hacer visible el rostro cercano de Dios en lo concreto de nuestra vida.

2. Desde la Biblia

Éxodo 2,23-25 y 3,1-12

- ¿Qué nos dice el texto acerca de la situación que está viviendo el pueblo? ¿Cómo reacciona Dios frente a esta realidad?
- ¿Cuál es la misión encomendada a Moisés? ¿Cuál es su respuesta ante este desafío?
- ¿Cuáles son los desafíos que surgen entre nosotros, para dar continuidad a lo vivido durante este tiempo de jubileo?

3. “He visto la miseria de mi pueblo”.



El texto leído recoge una de las experiencias fundamentales de la fe del pueblo creyente: Dios actúa en la historia de la humanidad liberando a su pueblo de la esclavitud y conduciéndole a la vida buena, expresada a través de la imagen de una tierra “que mana leche y miel”. El relato nos permite descubrir un Dios que se muestra extremadamente cercano, al punto de dejarse impactar por el dolor de sus hijos. En diferentes momentos se describe la difícil situación que vive el pueblo, insistiendo en el hecho de que Dios no es indiferente ante lo que sucede: Dios “oye” los gemidos de su pueblo, “ha visto” su miseria, “conoce” sus angustias, y “baja” para hacer algo al respecto. El llamado dirigido a Moisés y el diálogo que se establece entre ellos ponen de manifiesto que Dios cuenta con el ser humano para esta gran tarea, entregando en sus manos el desafío de conducir y acompañar a sus hermanos en el camino de la libertad. La debilidad, la incertidumbre y el miedo que puedan surgir, se ven transformados por la certeza de la presencia cercana de ese Dios que quiere ver a sus hijos/as viviendo en plenitud: “Yo soy el que estaré con ustedes”.

La experiencia liberadora del éxodo revela la manera de actuar de un Dios con entrañas de misericordia, sobre todo frente al grito de los más débiles. Esta característica será evocada a lo largo de la Escritura y recordada por el mismo Jesús, quien invita a hacer de este rasgo un elemento central en la vida de los creyentes. Proclamar la misericordia de Dios lleva entonces a un compromiso permanente. Quien se deja modelar por esta actitud no solamente ha de transformarse en palabra de consuelo para quienes sufren, sino también en una voz de esperanza capaz de anunciar el querer de Dios, desenmascarando las realidades que se oponen a ello. En un mundo golpeado por la injusticia, la indiferencia, la desigualdad, y toda suerte de esclavitudes, la presencia de auténticos testigos del rostro misericordioso de Dios se hace necesaria y urgente.